

5

*La Novela Femenina
Cinematográfica*

Publicación semanal de asuntos de películas

*Redacción y Administración:
Diputación, 292 - Barcelona*

Año I

Núm. 13

THE ETERNAL STRUGGLE
LA ETERNA LUCHA 1923

Comedia dramática de C. B. Lancaster

Interpretación de

BÁRBARA LA MARR,

RENÉE ADORÉE,

PAT O'MALLEY,

JOSEF SWICKARD, etc.

Producción: **LOEW-METRO**

Selección «Gallo de Oro»

del Programa

VILASECA Y LEDESMA, S. A.



LA ETERNA LUCHA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

La acción se desarrolla en tierras salvajes del Canadá, en uno de esos lugares que parecen librados de las ventajas e inconvenientes de la civilización, pero hasta los que llegan también los tentáculos de la Ley.

Un bosque. En su seno una cabaña. ¿Quién la habita? Según referencias de la justicia, en ella se cobija un malhechor.

Un brioso caballo montado por arrogante policía se acerca a esa vivienda.

Frente a la cabaña se apea el policía. Entra luego, pistola en mano, con prevención. Silencio.

De pronto se abre un cortinaje y aparece ante el policía una mujer, hermosa por cierto. Sus ojos, bellos también, parecen recriminar al policía su acceso a su hogar; aquél lo comprende y le dice:

—Soy de la Policía Montada y vengo en busca de un ladrón de ganado llamado Juan Kirby.

A lo que la mujer contesta:

—Se habrá usted desviado de camino, porque aquí no vive ese sujeto.

—Si no es aquí mismo... no debe andar muy lejos...

La mujer desea que el policía no hable más del ladrón que busca en su presencia... ansía que se

marche...

En cambio el súbdito de la Ley no sabe hacer otra cosa que contemplar admirado la singular hermosura de la, al parecer, dueña de la cabaña, y de sus labios surge la galantería:

—¡La verdad es que soy hombre de suerte! ¿Quién sospecharía que iba a encontrar en estas soledades a una joven tan linda?



De pronto se abre un cortinaje y aparece ante el policía una mujer...

La interesada enmudeció fríamente.

—Si no le molesto demasiado, me quedaré a descansar un rato...

La mujer hizo un mohín de disgusto, en el que el policía no quiso reparar.

—...Y si tiene usted algo de comer...—prosiguió

éste—. Ya sabe usted que la primera de las obras de misericordia es dar de comer al hambriento.

La desconocida quería protestar... mas algo íntimo le aconsejó renunciar a ello... y llegó a complacer con cierto agrado al intruso, ofreciéndole cuanto de comer había en la cabaña.

Pronto establecióse una mutua simpatía.

Pasó media hora como pasa un relámpago, y Gabriel O'Hara—que así se llamaba el policía—, el travieso irlandés que nunca dijo una mentira a un hombre ni una verdad a una mujer, seguía desgranando al oído de la bella un rosario de dulzuras...

Entre irónica y complacida, ella, Camila Lenoir, ayezada a "dejarse cortejar" por toda clase de hombres de todas las razas del mundo, se limitaba a escuchar...

Cuando más se lamentaba Gabriel de tener que separarse de Camila, pues imeplidos por el amor sus labios se habían juntado con pasión, una trampa se levantaba detrás del policía y por ella salía Kirby, el ladrón de marras, que huyó gracias a la habilidad de la aventurera en apresarse entre sus brazos al joven, quien le dijo, reaccionando súbitamente:

—Dispare usted sobre mí, si quiere. Por sus besos he dejado escapar a un hombre... pero no todo está perdido... Es posible que no tarde en echarle el guante.

Camila no pudo disparar... y a galope lanzóse Gabriel en persecución de Kirby.

La aventurera, temiendo por la vida de éste, con quien tenía, a la sazón, "íntima amistad", también

montó un caballo y siguió el rastro de los dos que iban delante.

Gabriel dió alcance a Kirby cerca de un riatillo, se liaron a puñetazos, y en medio de la tremenda lucha cuerpo a cuerpo llegó Camila.

—¡Deténgase, Gabriel, o disparo!—amenazó al policía, encarándole un rifle.

Sin hacer caso de ello, Gabriel contestó con delicadeza que desarmó a Camila:

—He sido galante una vez, señorita... dos, es imposible.

Y se llevó preso a Kirby, molido a golpes, hacia el pueblecito de Grey Wolf, adonde, atraídos por la leyenda de las riquezas norteñas, llegaban aventureros de todo el mundo.

Al pie del único *bar* de la localidad, hallábase congregada la casi totalidad de los trabajadores del lugar, a los que se sumó un anacoreta afanoso de ser millonario, como todos, desde luego.

—Me sorprendió la primavera en la mina, y me decidí a dejar por unos días la vida de topo, para charlar y beber y ver caras bonitas, como esa, por ejemplo.

A quien el minero se refería era a Andrea Grange, la hija del dueño del *bar*, traviesa como una ardilla y bonita como una flor silvestre; y el principal atractivo del pueblo.

La reunión a la puerta del establecimiento de bebidas era debida a que Andrea bailaba en la plazoleta.

Viéndola tan... tan "fresca", como uva que promete saciar su sed al caminante solitario, no pudo menos de afirmar:

—¿Qué verdad es aquello de que la primavera la sangre altera!

La chiquilla representaba ¡ya lo creo! espléndidamente esa ardorosa estación, y ninguno de los hombres dejaba de desearla para sí. ¡No eran tontos!

Pero nadie la conocía tanto como Wo-Ling, el único chino del pueblo, al servicio del *bar*, que sentía por Andrea la devoción que un perro siente por su amo. El era el único que la miraba con ojos "desinteresados".

Opuestamente a ello, bajo la capa de la amistad, un hombre ya maduro cubría a la muchacha de atenciones.

Ese galán con más años que sentido común respondía por Jaime Ducane y negociaba en pieles. Su prestigio de hombre rico y su aureola de Don Juan le habían servido para tratar, más o menos íntimamente, a todas las mujeres de Grey Wolf y sus alrededores.

Aquel día Ducane le sopló al oído de la joven:
—Te he traído de Montreal una caja llena de cosas bonitas, Andrea... Pero no te impacientes, que no la verás hasta el día de tu cumpleaños.

—¿Hasta entonces nada más? ¿Por qué no ahora?
—Porque quiero que las estrenes precisamente ese día.

—Bueno, esperaré... pero eso no está bien.

—Yo ya sé que el regalo te gustará.

—Yo también te he traído un obsequio, Andrea— se acercó a decirle a ésta el minero, sacando de un *lío* unas chinelas.

—¿Has llegado tarde, Gastón!—intervino otro

hombre—. ¡Mi regalo es idéntico al tuyo, y yo estaba primero aquí!

—Eso no me importa. Toma, Andrea, estas zapatillas.

—¿Queréis callaros? Me quedaré con las dos, y asunto terminado.

Sin embargo, los dos hombres, que sin saberlo resultaban rivales, se abalanzaron uno a otro y los trompazos sin dirección fija no fueron escasos.

Intoxicada de inconsciencia entre aquellos fugitivos de las ciudades enfermas de agitación, Andrea era la que con mayor empeño instigaba a los dos rivales a pegarse duro.

Afortunadamente para la moral... y para los luchadores, en el pueblecillo aquel había una delegación de la Policía Montada, de la que formaba parte, debajo de un superior encargado de inspeccionar toda la región, el sargento Roberto Tempest.

Reclamada su presencia frente al *bar* por las exclamaciones brutales de los que presenciaban la disputa, la aparición del policía tuvo por resultado el restablecimiento de la calma.

Ello disgustó sobremanera a Andrea, que se asió del brazo del sargento y le objetó:

—¿Quién le ha llamado a usted aquí? ¡Déjelos que se peleen, que no llegará la sangre al río!

En este momento el padre de la "salvaje" Andrea se apoderó de la chica, para llevársela adentro, exclamando:

—¿A quién has salido, condenada? ¡No estás

contenta más que cuando los hombres luchan por ti como fieras!

Y una vez en el bar:

—Andrea, no quiero verte más en la calle... Eres ya una mujercita y tu deber es cuidar de la casa, como cuidó tu pobre madre.

La joven se resistía a callarse, con lo que no conseguía más que desesperar a su padre.



—Andrea, no quiero verte más en la calle. Eres ya una mujercita y tu deber es cuidar de la casa...

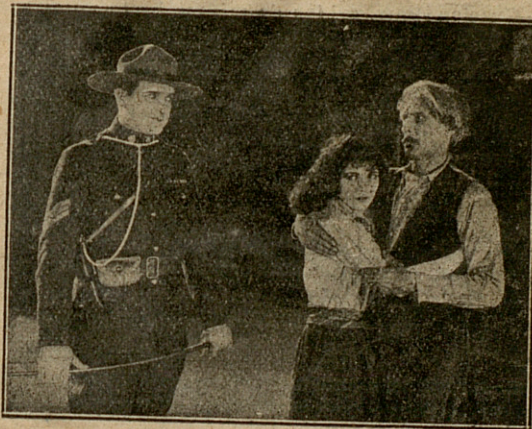
Este, Pedro Grange, viudo desde hacía años, sabía lo que representa para un padre excesivamente cariñoso el trabajo de imponerse a una hija tan "tremenda" como Andrea.

Como la muchacha sabía la influencia que ella

ejercía en el que le dió el ser, con cuatro caricias le apaciguaba... y como si nada: el viejo se dejaba hacer.

Poco después de la reconciliación de padre e hija, el sargento Roberto entró en la habitación en que se hallaban aquéllos, y rogó a Grange:

—¿Quiere usted permitirme que yo hable con su hija?



—¿Quiere usted permitirme que yo hable con su hija?

El dueño del bar accedió gustoso, pues comprendía que el policía tenía la intención de dar buenos consejos a la atolondrada muchacha, y retirándose aquél el segundo dijo a ésta:

—Andrea, no voy a hablarte como a niña, sino

como a mujer... Tú sabes que te amo y que mi mayor deseo es casarme contigo.

—¡Qué gracioso! ¿Por qué todos los hombres me dicen que quieren casarse conmigo?

Roberto, hombre formal y austero, para quien el amor no era motivo de diversión sino razón suprema de su vida, miró dulcemente a Andrea y rumoreó:

—Yo deseo ser tu marido para cuidar de ti.

—Gracias. Para cuidar de mí, me basto yo.

—¿No me comprendes, Andrea?

—Roberto, me casaré con usted cuando sea muy vieja, muy vieja... cuando tenga, por lo menos, veinticinco años.

Sobre esta ingenua réplica, Andrea volvió a reunirse con la gente del bar.

Una media hora más tarde, encontrándose el sargento en la delegación o cuartel de la Policía Montada, un ordenanza anunció la llegada del guardia Gabriel O'Hara con el ladrón de ganado Kirby.

Este fué encerrado en el acto, y al encontrarse solos, frente a frente el sargento y el guardia, se saludaron efusivamente.

—¡Cuánto tiempo sin verte, viejo lobo! Créeme que contaba los días que me faltaban para poder estrecharte la mano—dijo Roberto a Gabriel.

—Y yo también. Ya sabes que mi vida no era un modelo de virtud, hasta que tú me enseñaste que el deber ha de estar siempre por encima de todo. Desde entonces soy otro hombre, y a ti te lo debo, Roberto.

Llegó el día del cumpleaños de Andrea, y el bar de Pedro Grange evocaba visiones de manicomio.

Gabriel, que se presentó en el establecimiento cuando la ensordecedora alegría era más manifiesta, detúvose a contemplar a Andrea, y ésta no hizo menos con él, continuando luego el garrotín que a instancia de la numerosa concurrencia ella bailaba.

Gabriel pensó que Andrea, que le gustaba, era una cabeza de chorlito, y sin encomendarse a Dios



...y sin encomendarse a Dios ni al diablo la levantó en sus brazos y, ¡ya está!, la besó.

ni al diablo la levantó en sus brazos y, ¡ya está!, la besó.

Al mismo tiempo sonó una bofetada. El carrillo de Gabriel podía dar razón de que la fineza partía de una de las manos de Andrea.

Después del beso... y de la "recompensa", Ga-

briel soltó a Andrea, y pidió de beber en el mostrador, como si nada tuviera que reprocharse.

No obstante, Andrea, a quien aquel beso había ofendido, se encaró hecha una verdadera furia con el policía y le censuró su proceder:

—¿Por qué me trata usted así? ¿Es que se ha creído usted que todo el monte es orégano?

—No se enoje usted, Andrea...

—¡Cómo que no me enoje! ¿Se creía usted que me iba a callar?... ¡Perro irlandés! ¡Polizonte!

—Tranquilidad, niña, tranquilidad. Las cosas hay que tomarlas como vienen.

Los demás consumidores se sorprendieron de la violencia con que Andrea reprochaba al guardia el que la hubiese besado, pues Gabriel no era el primero que lo había hecho aquel día.

En esto reuníase con su amigo el sargento Roberto, a quien Gabriel dijo:

—Acabo de tener unas palabrejas con la muchacha del *bar*... No está mal del todo para pasar un rato.

Roberto miró con extrañeza a su amigo y le respondió, sin exteriorizar sus sentimientos hacia ella:

—Me parece que hablas ligeramente, Gabriel. No conoces a esa muchacha y no puedes, por lo tanto, formar juicio sobre ella.

—¡Bah! Conozco el paño. Una como las demás, a la que se conquista con cuatro palabritas melosas. Y si no, al tiempo.

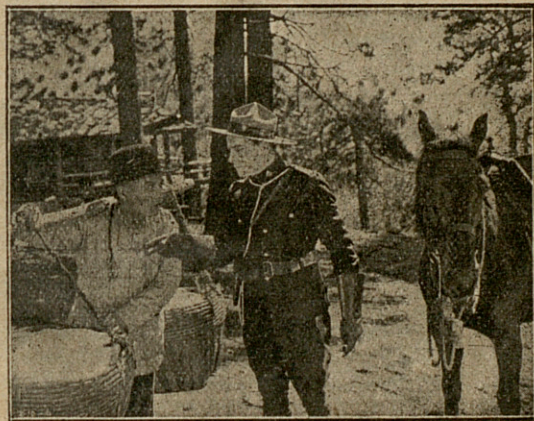
Calló Roberto... pero no perdería de vista a Gabriel...

Tan pronto como pudo le faltó tiempo a An-

drea para correr a casa de Jaime Ducane en busca de las "cosas bonitas" que éste le había traído de Montreal.

Gabriel tuvo ocasión de verla entrar en dicha casa, y viendo cerca de ella al chino Wo-Ling, cargado con dos cestos de ropa y provisiones para Ducane, se aproximó a él y preguntóle:

—¿Quién vive en esa casa?



—¿Quién vive en esa casa?

—El señor Ducane...

—El señor Ducane, un negociante en pieles, riquísimo.

Gabriel sonrió por lo bajo.

—¿Conque... un negociante en pieles, con mucha "pasta", eh?—repetíase maliciosamente—. Si se lo

—Digo a Roberto, no me cree. ¡El que tiene la seguridad absoluta de que esta muchacha es una santita!

—En el interior de la casa de Ducane ocurrían "cosas" trascendentales.

—¡Qué curiosita eres, Andrea! Todo lo verás, mujer. Ten un poco de calma. Mira. En esta caja hay un vestido.

—A ver, a ver...

—¡Espera! ¡Lo vas a romper!... Qué, ¿te gusta?

—¡Precioso!

—Aquí, un frasco de perfume... "Violettes Russes". Muy fino, ¿verdad?

—¡Oh, un encanto!

—Y aquí, unos zapatos blancos, última moda. Son bonitos, ¿no es cierto?

—¡Qué bueno es usted, señor Ducane!

—Quita, mujer. Tú mereces mucho más... pero mucho más. ¿Quieres que probemos el vestido?

—Sí, sí... digo, no; ya me lo pondré en casa.

—¿Y los zapatos? Me sabría mal que fuesen largos o estrechos.

—Yo creo que me están bien.

—En seguida lo sabremos... Yo te ayudaré... Siéntate ahí... Levanta un poco la pierna. Así. Ya verás qué lindo pie vas a tener con estos zapatos. Estas botas que llevas son muy bastas.

—Para andar por ahí, no las hay mejores. Estos zapatos blancos sólo me los pondré los días de fiesta.

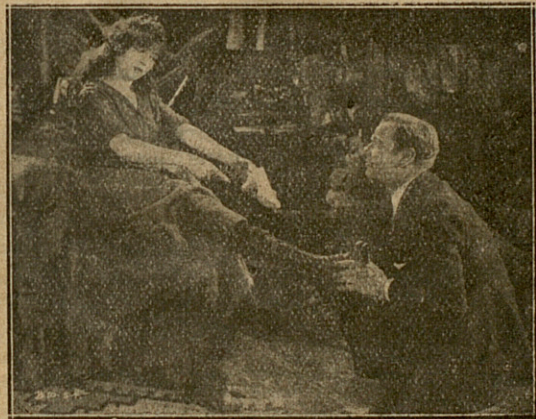
—Cuando quieras... Otró día te traeré otro par... Por eso no te apures... ¡Ya! sabes que yo te quiero mucho...

—Yo también a usted, señor Ducane...

—¡Qué piernas más perfectas tienes, Andrea! ¡Y cómo resalta su belleza con este calzado de lujo!

—No se burle usted de mí...

—Digo la verdad... Lo que hace falta es que la media no haga la menor arruga. ¿Tienes buenas ligas?



—...Ya verás qué lindo pie vas a tener con estos zapatos.

—Por favor, señor Ducane... que aquí arriba no está el pie...

—¡Si es que quiero ver de qué color son!

—No, no... Haga el favor de estarse quieto.

Wo-Ling, que lo había visto y oído todo desde que entrara en la casa, oculto detrás de una puerta,

libró, apareciendo bruscamente, a la joven del gavilán.

Así Andrea pudo salir de la casa de Ducane indemne.

La inoportunidad de Wo-Ling exasperó; cómo no! al Don Juan sin conciencia ni aun tratándose de una niña, y el simpático chino recibió en su "plataforma posterior central" una señora patada, para que otra vez no entrase en ninguna parte sin antes llamar.

No lejos de la casa de Ducane, Andrea encontró a Gabriel, a quien, olvidando su resentimiento de la víspera—pues en realidad el beso que le diera le había sabido a almibar puro—le dijo:

—En esta caja llevo algo que le gustará a usted mucho, irlandés.

—¿Qué es ello?

—Un vestido, unos zapatos y otras cositas más.

—¿Es un regalo?

—Sí... del señor Ducane. Me lo prometió para mi cumpleaños.

—¡Qué bonita estarás!

—La mona, aunque se vista de seda...

—No digas eso... Bien sabes tú que eres bonita...

—En su cara leo que se está usted chancendo de mi insignificancia. Le estorbo, ¿verdad? Espera usted a alguien, ¿no?

—Te esperaba a tí.

—¿Qué serio me lo dice usted!

—Te lo voy a probar, acompañándote hasta el bar.

—No, no; ¿qué pensarían los que nos vieran juntos? Aquello está tan lleno de gente...

—¿Quieres que nos veamos mañana, Andrea?

—¿Necesita usted verme? ¿Para qué?

—Mañana hablaremos. ¿Aceptas?

—No digo que no...

..

A la mañana siguiente, Gabriel no tuvo que esperar mucho tiempo a Andrea a la salida del pueblo.

Ella acudió a la cita, llena de ilusión.

Pasearon largo rato.

Muy hábilmente, más hábilmente que lo que él suponía, Gabriel enamoró a Andrea con sus bonitas frases de amor.

Sentáronse al pie de un árbol.

El galán ofreció entonces a su conquista un paquetito, diciéndole:

—Perdona que no te hiciera mi regalito ayer... pero dicen que nunca es tarde...

—¡Oh, unos guantes blancos! Muy delicado...

—Conozco una manera muy fina de darme las gracias, Andrea...

—Enséñemela usted, pues...

—Queriéndome un poquito... Eres tan hermosa...

—Cuando me mira usted así, irlandés, me parece que sus miradas me atraviesan el corazón.

—¡No te muevas!

—¿Qué va usted a hacer? ¿Mi retrato?

—Es un momento... Ya está...

—¿Eres poeta?

—Soy... un enamorado... Lee...

Andrea devoró estos elogios de Gabriel a ella:

*Son tus labios una fresa;
son tus ojos dos luceros
y tus cabellos, serpientes
que se enroscan a mi cuello.*

Y rendida de amor, Andrea, con la misma ingenuidad con que se entregaba al baile delante de los clientes del *bar*, sin temer a ninguno de ellos, entregó su corazón a Gabriel.

—¡Te amo, irlandés! ¡Desde el primer momento que te vi, comprendí que no podría vivir sin tu amor!

—¡Oh, mi vida!

Ella le echó los brazos al cuello y sus labios le besaron con inmensa ternura.

Gabriel, loco de gozo, la estrechó contra sí como nunca lo hiciera con otra mujer.

En aquel instante Gabriel vió dirigirse a ellos a Roberto, rápido y nervioso.

El sargento lo había visto todo, y el desengaño le había herido en lo vivo.

Al tenerle cerca, Andrea se abrazó al sargento, y dando rienda suelta a su alegría le notificó:

—Roberto, estoy enamorada de este irlandés... Estoy enamorada de él como una loca. Y él también de mí. ¡Felíciteme! Usted quería que yo fuese sensata, y de hoy en más lo seré.

Sobre estas palabras, Andrea se fué, hacia el pueblo, dando saltos y cantando.

Los dos amigos, a solas, miráronse a los ojos.

Roberto, con aire compungido y severo, empezó el diálogo que se imponía:

—Bien. Ya he oído que esa muchacha te quiere. ¿Qué piensas hacer, Gabriel?

—¿Pero vas a tomarlo en serio, Roberto? ¿El que yo pase el rato con una chiquilla puede entibiar nuestra amistad?

—Es que yo le pedí a esa "chiquilla" que fuese mi esposa. ¿Basta esto para justificar mi actitud?

—¡Cómo! No sabía una palabra de eso, Roberto, te lo juro... Pero desde este momento Andrea ha muerto para mí. Yo no le juego a un amigo una mala pasada.

Una semana después, Camila Lenoir, la aventurera que conocimos al principio de esta novela, que tenía viejas cuentas que saldar con Jaime Ducane, se presentó inopinadamente en su casa.

—El patrón no está. Ha salido de viaje por el río, pero volverá esta noche—le dijo el criado del negociante.

—He hecho un largo trayecto y lo esperaré. Soy una antigua amiga suya—respondió Camila.

Gabriel encontró fácil su pequeño sacrificio de no ver más a Andrea ni dejarse caer por el *bar*: para él, la muchacha del *bar* sólo era una mujer más en su vida...

Pero para Andrea, Gabriel era el primer hombre que había despertado su corazón.

Nada tiene de extraño, pues, que una noche, no pudiendo resistir más el deseo de verle, fuera Andrea al cuartel de la Policía Montada, encontrando a Gabriel adormecido en un sillón junto al fuego que ardía en el hogar.

Acercóse suavemente... y con inefable ternura le besó.

El cosquilleo del beso despertó a Gabriel.

Su sorpresa al comprobar ante sí, a aquella hora, a Andrea, no es para descrita.

Su primer impulso fué el de rechazarla, mas algo le contuvo: los ojos de la muchacha, en los que él leyó todo el amor que llenaba su alma.

Sin embargo, el recuerdo de la promesa hecha a Roberto le hizo tomar la determinación de mostrarse indiferente con Andrea, para alejarla para siempre de sí.

—Dejémonos de sentimentalismos, Andrea. Has hecho muy mal en venir aquí.

—¡Tengo derecho a verte tantas veces como lo desee... y a besarte cuando quiera!—le respondió feliz, Andrea, ajena de lo que iba a suceder.

—Reflexiona, mujer, y verás que tengo razón.

—No seas malo... ¿Por qué me tienes abandonada tanto tiempo, Gabriel? ¡Bésame!

Roberto, que escribía en el despacho de la delegación, oyó el murmullo de las voces de su amigo y de Andrea, y se dispuso a ir a ver con quien estaba en plática Gabriel.

—Ya te he dicho que tienes que marcharte—le repetía el policía a Andrea—. No puedes seguir más tiempo aquí.

—¿Pero es de veras que no me amas, Gabriel? ¿Eran mentira entonces tus palabras de amor?

Gabriel, que había visto como Roberto escuchaba, se mantuvo inflexible.

—Confieso que me he burlado de ti... pero ahora

no estoy para perder el tiempo en explicaciones. ¡Vete!

—No me dejes marchar así, Gabriel. Tú no sabes lo que sufro..., tú no sabes la pena que hay en mi alma...

Andrea se había arrodillado a los pies de Gabriel, y por un instante vaciló la energía del irlandés, pero la presencia de su amigo le dió nuevas fuerzas para seguir hasta el fin su papel de verdugo.

—¡Basta de contemplaciones! ¡No te amo ni te he amado nunca! ¡No has sido más que un juguete en mis manos!

—¡No, Gabriel, no! ¡Mientes! ¡Dime que mientes! ¡Tú me has vuelto loca... y ahora me desprecias, cuando sabes que sin ti no puedo vivir! ¡Dios mío, cuánta maldad hay en tu alma!

—¡Vete, Andrea!

—¡Te odio, irlandés, te odio! ¡Eres peor que un lobo!

Y llorando de rabia y dolor huyó Andrea de donde creyó encontrar el amor.

Roberto, que no supo comprender el sacrificio que Gabriel acababa de hacer en aras de la amistad, dijo a éste:

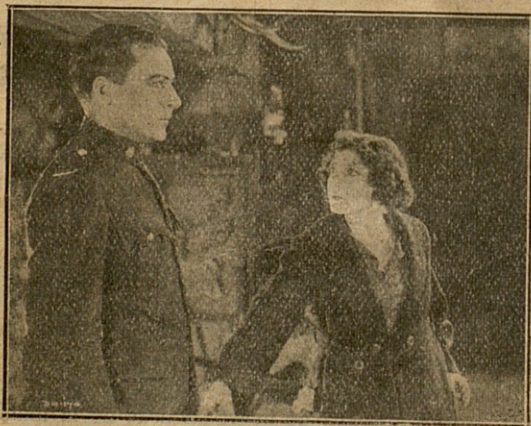
—Ella tiene razón. Hay mucha maldad en tu alma, Gabriel.

El policía, para ahogar su amargura, fingió frialdad, pensando, además, que obrando de tal suerte Roberto cobraría la absoluta confianza de que él no amaba a Andrea.

Y dijo:

—¡Bah! Las mujeres no deben tomarse en serio... Son un juguete agradable, que se deja en cuanto no divierte. ¿Crees que Andrea va a morir de pena?... Ya encontrará el consuelo en los brazos de Ducane.

Roberto, sacudiendo nerviosamente a su amigo, castigó su atrevida calumnia descargándole en el rostro su puño.



—¡Te odio, irlandés, te odio! ¡Eres peor que un lobo!

Gabriel no repelió la agresión, pues en el acto de expresarse de aquel modo comprendió que sus palabras no estaban en relación con la verdad. Esa "verdad", aunque quisiera, no podía aceptarla...

Roberto tendió la mano a su amigo, y éste, sin rencor, sino, al contrario, agradecido de la lección que le había dado, se la estrechó cariñosamente.

Por su lado, Andrea, al salir del cuartel de la Policía Montada, bajo una lluvia torrencial, encontró, camino del pueblo, al negociante en pieles, que regresaba de su viaje por el río, y se lamentó delante de él:

—¡Nadie me quiere... nadie! ¡Qué desgraciada soy!

—¡Yo te quiero, Andrea... te he querido siempre! Vamos a mi casa. No debes volver a la tuya con este tiempo.

En su cabaña, Ducane, encaprichado de la muchacha, intentó, descaradamente esta vez, abusar de su inocencia, y Andrea, ante el temor de sucumbir por la fuerza bruta, armóse de un cuchillo y hundiolo en el pecho del miserable.

Un testigo, Camila, había tenido esa escena; el testigo desalmado, celoso, que echó en cara, agresiva, a Andrea, su crimen:

—¡Usted le ha matado!

La desesperada muchacha huyó hacia su casa, y tras muchos esfuerzos pudo contarle a su padre lo que le había sucedido.

—Yo he matado a Ducane... yo le he matado... quería perderme...

El chino amigo oyó esta revelación y aprobaba el gesto de Andrea en defensa de su honra.

Por eso, al llegar Roberto al bar, preguntando por Andrea, el simpático oriental desvirtuó la causa de su tardanza así:

—La pobrecita acaba de llegar... Se perdió en la...

tempestad y por eso ha venido tan asustada... Ahora se ha quedado dormida.

En realidad, Andrea no dormía, sino que, amedrentada, invocaba a su desaparecida madre:

—¡Mamaíta, vuelve con tu hija, aunque sea un momento nada más! ¡Mira que te necesito mucho!

Y luego, abrazándose a su padre:

—¿Y qué haremos ahora, papá?

—No temas, hija mía... Yo lo arreglaré todo para que puedas salvarte.

Al despuntar el día, Andrea hufa del poder de la justicia...

—Poleon te llevará al barco ballenero que está invernando en las regiones árticas. Cuando llegue la primavera, ya buscaremos un sitio donde ocultarte—le dijo su padre, despidiéndola con mucha pena.

A aquella misma hora, el sargento Roberto escuchaba, de labios de Camila, la historia que cargaba sobre Andrea la culpa del asesinato de Ducane.

—...Cuando el señor Ducane le dijo a la muchacha que íbamos a casarnos, ella le mató...

—¿Conoce usted a esa muchacha?

—Sólo sé que se llama Andrea, porque oí nombrarla al señor Ducane.

—(¡¡Andrea!! Entonces su tardanza de ayer en regresar a su casa...) ¿Y por qué no presentó usted en seguida la denuncia?

—¡Estaba tan mal... tan emocionada! Casi sin conocimiento me encontró el criado esta mañana...

Gabriel, advertido del caso, se personó más tarde en casa de Ducane, y allí vio a Roberto, por cuya guerrera se asomaba el par de guantes que él regalara a Andrea.

—Acabo de enterarme en el pueblo, donde el criado de la víctima ha hecho circular la noticia, que Andrea ha huido. ¿Qué significaban sobre ti estos guantes? ¡Tú la has dejado escapar para captarte su amor! ¿Dónde está aquel concepto rígido del deber que tú me enseñaste?

—¡Te engañas, Gabriel!

—Un día, cuando yo había llegado a olvidar el valor de esa palabra, me salvaste. Hoy me toca saldar esa deuda que tenía contraída contigo. Voy a ir a buscar a la fugitiva.

—Sí, Gabriel... Ve... Busca su pista y condúcela aquí.

Al día siguiente, Gabriel iniciaba la persecución de la mujer cuya imagen llevaba grabada en el corazón.

Pasaron los días, y Andrea continuaba su viaje, siempre hacia el Norte, seguida de cerca por Gabriel, a quien impulsaba la voz del deber, más fuerte que la del amor sincero que ella le inspiraba.

Al fin llegó Andrea al barco ballenero, donde el capitán Jack Scott, y Roque, el contramaestre, no habían vacilado en ofrecer a Andrea su hospitalidad, ignorantes de su supuesto crimen.

La protección brindada por el contramaestre, pronto se vio que era malsana, y a no ser por el capitán, que no era tan bruto, aunque lo fuera bastante, Andrea habría tenido que recurrir al mis-

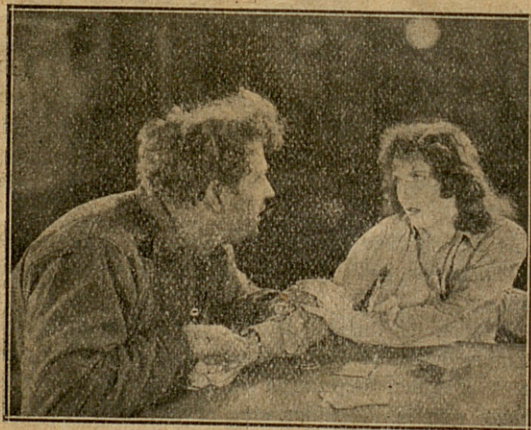
mo procedimiento empleado con Ducane, para librarse del nuevo salvaje.

Gabriel se presentó al poco en el citado refugio de Andrea, y la conminó a seguirle.

—¡No, Gabriel, no me iré contigo! ¡No tienes derecho a sacarme de aquí!

—¡Te obligo a obedecer!

—¡Mándeles que se vaya, capitán! ¡Odio a ese



La protección brindada por el contraataque, pronto se vió que era malsana...

hombre!—dijo Andrea a Scott.

Para evitar que nadie se entrometiera en su misión, Gabriel enseñó al capitán la orden de conducir a Andrea al puesto de Policía Montada de Grey Wolf, por haber sido acusada de asesinato.

Ante esa prueba de la personalidad de Gabriel, el capitán no iba a oponerse a que llevase a cabo su cometido, pero el contraataque supo llegar al amor propio de su superior, para que no permitiera que nadie se llevase del barco de su exclusivo mando a Andrea.

Entonces, el capitán indicó a Gabriel la puerta:

—Aquí, señor policía, estamos lo bastante lejos



—Aquí, señor policía, estamos lo bastante lejos de la civilización, para reírnos de sus leyes.

de la civilización, para reírnos de sus leyes.

Y hubo lucha, pues Gabriel defendería hasta la muerte los derechos que le confería su oficio.

Como los dos marinos pegaban fuerte, y doble, y la vida de Gabriel corría peligro, Andrea se abrazó a él, y llorando dijo a aquéllos:

—¡Basta ya! ¡No le hagan más daño!... Me marcharé con él.

El capitán, asombrado, no pudo por menos de decir al policía:

—¿Qué clase de hombre es usted? Le ama una mujer y usted le corresponde llevándola a la cárcel... Váyanse tranquilos.

Mientras tanto, en Grey Wolf, el sargento Roberto empezaba a sentir que la voz del amor ahogaba en él la del deber.

Su jefe le había dicho que no veía necesario que él saliera en busca de Andrea, pues que era seguro que Gabriel volvería pronto con ella.

—Por si acaso, es conveniente que yo le salga al encuentro—insistió Roberto.

Camino hacia el Sur, frente a frente los dos, Gabriel comprendía que la senda del deber era dura y espinosa.

—¿Por qué esa seriedad, Gabriel? — preguntóle una vez Andrea.

—¿No quieres comprenderlo?... ¡Es a la prisión adonde te llevo!

—No, eso no puede ser, irlandés. Mientes, como siempre. Lo que tú esperas es llevarme más hacia el Sur, para devolverme la libertad.

Más tarde, sorprendidos por la tempestad de nieve, Gabriel y Andrea se dirigían penosamente hacia una cabaña, que, al abrigo de las montañas, ofrecía refugio a los caminantes.

Allí fué donde Roberto les dió alcance.

Desde aquel momento empezó una lucha moral tremenda entre los dos hombres.

Por la noche, Gabriel, que contaba con la pre-

sencia de Roberto para no caer en la tentación de libertar a Andrea, le confesó a ésta, sinceramente, su amor, pues al fin ella le había apresado en la red de su hermosura sin par:

—Te amo, Andrea, te amo... Mentía cuando te decía que solamente habías sido un juguete en mis manos.

—Ya lo sé que me has amado siempre, irlandés.



—No, eso no puede ser, irlandés. Mientes, como siempre. Lo que tú esperas es llevarme más hacia el Sur, para devolverme la libertad.

Ahora huiremos juntos, ¿verdad? ¡Cuán dichosa soy!

—Si la vida se redujese al amor, Andrea... si no hubiese en ella más fuertes imperativos...

—¿Me llevarás, pues, aun amándome, a presidio?

—¡Señor, dame fuerzas para cumplir con mi deber, porque ahora más que nunca las necesito!— impetró Gabriel al Cielo.

También Roberto sufría atrozmente, y para aca-llar la voz del amor, decidió sincerarse con Gabriel.

—Escucha, Gabriel... Voy a dejar marchar a Andrea. Tú la amas... lo sé; no trates de negarlo... He visto brillar el amor en tus ojos... Huye con ella... Tú conoces bien los caminos, y acompañán-
doos el amor, en cualquier lado podéis encontrar la felicidad.

—Es verdad, querido Roberto — respondió Gabriel—, que en cada pensamiento mío, en cada latido de mi corazón, está el nombre de ella...; pero Andrea no me pertenece... ni a ti tampoco. Perte-
nece a la Ley.

*
* *

Y siguieron caminando hacia el Sur, y en los altos del trayecto, los dos amigos, distanciados por el amor de una mujer, se vigilaban continuamente, como si quisieran leer en lo más profundo de sus pensamientos.

Cerca de la meta donde triunfaría la justicia sobre todos los demás sentimientos, Roberto y Andrea, puestos de acuerdo, huyeron en una canoa, incurriendo el sargento en la debilidad de salvar a aquella.

Pero Gabriel, notando a tiempo la fuga, los persiguió por el borde del río, y al amanecer pres-
tóles su ayuda en un trance desesperado en que les puso el vuelco y pérdida de la frágil embar-

cación en "Las Gargantas del Diablo", el lugar más peligroso del río.

Roberto, confuso, agradeció a Gabriel el haberle devuelto a la senda del deber, y éste triunfó por fin, y un día los caminantes se presentaron en el puesto de policía de Grey Wolf.

Allí les esperaba la mayor sorpresa de su vida.

El jefe del puesto se encargó de comunicarla a los interesados:

—Ha sido una captura inútil, amigos míos. He aquí la declaración prestada por Camila Lenoir, la verdadera autora del crimen:

*"Creí que Ducane estaba muerto, pero pronto pude convencerme de que sólo había perdido el co-
nimiento... Le hablé... Quise arrancarle la pro-
misa de que volvería a amarme... y al ver cómo
dejaba el amor que nos uniera en otro tiempo,
al verme maltratada por aquel miserable, me cegó
la cólera y lo maté. Camila Lenoir".*

Devuelta Andrea a la libertad, para dicha de todos, Roberto, reconociendo que el amor ni se compra ni se vende, la abrazó cual un hermano, y le dijo:

—Que seas muy dichosa, Andrea... todo lo di-
chosa que mereces...

Gabriel, que dudaba que Andrea le amase aún después de haberse negado a salvarla cuando aun se desconocía la verdad de los hechos, no se atre-
vía a hablarle... mas ella, comprendiendo, se le puso delante y sonriente le habló así:

—Vamos, ¿qué esperas? Ahora se acabaron los deberes... Ya no hay más deber para ti que el de
quererme mucho...

Y Gabriel, con los ojos, los labios y las manos—
¡hay que ver qué elocuencia tienen las manos en
muchos casos!—decía que sí...

FIN

Prohibida la reproducción

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
BETTY COMPSON

PRÓXIMO NÚMERO:

La dramática novela

Malva

Creación de la gran trágica

LYA DE PUTTI

Sentimental asunto

Postal-obsequio: **GLENN HUNTER**

10 fotografías

30 céntimos

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los viernes en toda España.

Este número ha sido sometido a la censura militar.

TELEFONO DE LA NOVELA FEMENINA CINEMATOGRAFICA - 34 NOELONS